

Palabra de abogado



Jose Luis Carretero Miramar

PALABRA DE ABOGADO

José Luis Carretero Miramar

Presentación

¿Es la Justicia que tenemos un sistema coherente para enjuiciar los ataques más graves contra la convivencia?

La presente novela quizás no pueda responder a todas esas preguntas, pero, sin duda, le provocará una fina intranquilidad: la de no saber cuáles son, de hecho, los límites entre la realidad y la ficción en el seno de una sociedad que nos prometió lo virtual, para hurtarnos el presente.

¿Cuál podría ser el sentido de la vida en un territorio burbujil, vacío y sin sentido?



Créditos

Edita: Confederación Sindical *Solidaridad Obrera*

<http://www.solidaridadobrero.org/>
soliobrero@gmail.com

Madrid, marzo 2012

ISBN: 978-84-615-7899-3

Edición Digital: Carretero

Dedicatoria

Dedicado a las gentes de la Asociación Libre de Abogados de Madrid. Con cariño y admiración.

Agradecimientos

Debo agradecer a David Ripoll por mostrarme la insigne ciudad de Villanoray y a sus espeluznados habitantes, y a Solidaridad Obrera y a La Malatesta por aguantar que les mande este tipo de manuscritos.

UNO

Traspaso rápidamente el arco detector de metales del edificio de los Juzgados. El vigilante de la puerta me mira con gesto bovino mientras mi maletín de cuero se arrastra lentamente por el rodillo de la máquina de rayos X.

Estoy mojado por la lluvia y con los músculos un tanto ateridos por el frío de este invierno gris y plomizo de finales del siglo XX, y mis gafas pasan un instante emborronadas por el vaho producto del cambio de temperatura.

Me muevo con rapidez por el pasillo atestado de los Juzgados. Los rostros de las personas sentadas en los pequeños bancos laterales se giran para verme, mirándome con la mezcla feroz de ansiedad y esperanza de quienes están esperando a su abogado.

-¿Jaime Caminero?

Uno de ellos se ha levantado y se dirige hacia mí. Estrecho su mano con vehemencia.

-Sí. Alfredo Díaz, supongo.

Soy un joven, aunque cansado, abogado, vestido habitualmente con un traje de entretiempo que me garantiza pasar frío en invierno y calor en verano, que se ha citado esta mañana con un cliente pro bono (es decir, al que voy a defender gratuitamente) en este edificio de los Juzgados de Villanoray, a escasos kilómetros de Madrid capital.

Este cliente va a hacer hoy su primera declaración ante el Juez, para ratificar su denuncia contra unos agentes de la autoridad (en concreto, policías municipales de esta localidad) por agresión y malos tratos. Contra todo chiste fácil celtibérico yo soy un picapleitos un tanto atípico que no se dedica tan sólo a engañar a incautos y desplumar ciudadanos, sino que también lleva a efecto poco rentables actuaciones sociales como este procedimiento, para el que he sido llamado por la Asociación Contra la Tortura, en defensa de unos derechos fundamentales que nadie ha vuelto a ver desde hace décadas.

Alfredo Díaz es alto y enjuto y está acompañado de su mujer, Alicia Gómez, una pelirroja vivaracha con el pelo rizado que me mira con ojos bizqueantes. Son una pareja de lo más normal. Gente joven y de aspecto popular, probablemente con un coche tuneado y una hipoteca salvaje aplastando el conjunto de su existencia. Visten de manera moderna, pero sin alharacas: él se ha gastado mucho en un reloj metálico y tintineante, y ella fue hace poco a la peluquería.

Cuando iniciamos la declaración de Alfredo, el Juez le mira con gesto displicente. Hoy no se ha levantado de buen humor. Se eleva las gafas sobre la frente arrugada para leer mejor la denuncia interpuesta por mi defendido:

-¿Malos tratos? Bueno. Lo dudo.

Se repantinga en su sillón, estirando con sus manos huesudas su traje lustroso y bien planchado, al tiempo que, con un indefinible gesto de aburrimiento, se apresta a oír más que escuchar la narración de mi cliente.

La historia es clara: Alicia y él estaban en un bar de la localidad. Uno de esos sitios con restos de cacahuetes en el suelo y esqueletos crujientes de gambas sobre las mesas. Se pusieron a discutir acaloradamente, pues se habían pasado la noche entera de "farra" y estaban un tanto susceptibles. Ni siquiera recuerda a qué venían los gritos. El caso es que aparecieron dos agentes de la policía municipal, grandes, brillantes, con gafas oscuras y uniformes cuasi-galácticos. A él se lo llevaron afuera y, una vez en la calle, intentaron meterlo en el coche policial. Se puso nervioso. No había razón para aquello. Se negó a entrar, se resistió pasivamente. Intentó sentarse en el suelo.

Entonces, sorpresivamente y en medio de un marasmo de gritos, aquellos tipos empezaron a pegarle. Golpes, puñetazos, primero en el estómago y los hombros, luego en la cabeza y la mandíbula. El primer sol de la mañana inundaba la acera polvorienta en que sus gritos de dolor se desparramaban como lava enrojecida. Luego sacaron las porras. Le dieron hasta hartarse. Y cuando ya no podían más, cuando, exhaustos y con la respiración entrecortada del esfuerzo, bajaron las porras calientes, le metieron de un empujón en el coche policial y se lo llevaron a comisaría.

-¿Seguro que no les agredió usted primero?

El juez no está muy dispuesto a creer semejante historia y juguetea con el pisapapeles con forma de elefante amarillo que adorna su mesa, invadida por legajos polvorientos.

-No, señoría, yo sólo intenté sentarme en el suelo.

El juez observa extático el techo encalado, y mi cliente continúa con su versión, con voz trémula y mirada huidiza.

- Luego me llevaron a comisaría. Allí me metieron en una celda. Durante el día y la noche siguiente, antes de traerme aquí acusado de atentado a la autoridad, me estuvieron pegando intermitentemente. Cada cierto tiempo un par de policías entraba en el calabozo y me daba con sus porras. Yo me escondía en la esquina de la habitación, intentaba protegerme con los brazos, pero la lluvia de golpes no amainaba más que durante breves instantes y, como las olas en la playa, volvía a tomar fuerza tras pequeñas pausas en las que el dolor se hacía incluso más intenso.

- Pero usted no denunció estos hechos cuando estuvo aquí, a la mañana siguiente.

-Sí lo dije, señoría. Lo hice constar en mi declaración. Pero no con todo este detalle.

-Es de suponer que tiene un parte médico, ¿no?

-Por supuesto, señoría.

-Y que puede reconocer a las personas que dice que le agredieron.

Se produce un breve instante de duda y de sorpresa, roto abruptamente cuando Alfonso dice con voz temblona y asustada:

-Creo que sí.

Cuando pasa Alicia a declarar las pupilas del juez se dilatan ante su poco imaginativa belleza, pero no por eso deja de jugar, ya no con el pisapapeles, sino con una grapadora refulgente que se monta y se desmonta entre sus manos.

Ella es también muy clara, aunque la voz le tiembla aún más que a su pareja: no habían discutido por nada importante. Era una simple riña de enamorados. En ningún momento él la agredió. Fue al salir del bar y ver cómo le estaban golpeando a él los policías, cuando ella intentó interponerse y calmar los ánimos. Y en un momento fugaz y doloroso, alguien desde atrás le tiró del pelo hasta hacerla arrodillarse, y luego se la llevó arrastras hasta otro coche policial. Prácticamente la lanzaron con violencia contra la puerta abierta del vehículo, y se golpeó la frente con la parte superior. Ya en comisaría estuvo a punto de tener un ataque de ansiedad mientras oía, a pocos pasos, cómo golpeaban a Alfredo en su celda. Ella recorría en círculos, agitada y nerviosa hasta el paroxismo, la escasa superficie de su calabozo, mientras los gritos de su pareja horadaban las téticas y amarillentas paredes, llenas de desconchones.

Bonita historia, pienso mientras me tomo un café cargado y humeante en el bar de enfrente de los Juzgados. Esta pareja de tipos normales que apenas se pueden creer lo que les ha pasado, probablemente unos días antes aplaudían con manos y pies las llamadas al linchamiento público y sin juicio, o a la pena de muerte, contra los delincuentes de toda laya. Buenos ciudadanos decentes, sin poder ni rebeldías, encarados sin mediaciones con la brutalidad de la maquinaria que garantiza su buena conciencia.

Afuera sigue lloviendo y el aire corta la respiración. En la tele del bar, un futbolista semi-analfabeto intenta explicar cómo marcó el último gol, pero no encuentra en su exiguo vocabulario conceptos suficientes para expresarse con claridad. El dueño del local mira con arrobo un cartel dorado en el que, con letras de imprenta, puede leerse "Hoy no se fía. Mañana tampoco".

Tengo que salir al exterior.

Entro encogiéndome, mientras me froto con energía los brazos ateridos. Dejo el paraguas en el paragüero metálico y brillante del descansillo. Ahora estoy en mi despacho. Es un amplio piso en una zona céntrica de la Capital, del cual alquilo una habitación como bufete profesional. El resto está ocupado por otros letrados de todos los colores ideológicos (y algunos, incluso, de la piel), por lo que la sala de espera está siempre atestada de gente nerviosa y cabizbaja, que aguarda el momento de contar sus problemas.

Me introduzco en mi cubículo, el más pequeño de los despachos, empequeñecido aún más por una estantería repleta de libros desiguales y una mesa oscura, un par de sillas, un teléfono-fax y un ordenador que dista mucho de ser el último modelo.

Pongo el contestador automático y escucho algunos mensajes secos de procuradores y clientes mientras repaso los faxes que me han mandado esta mañana. La lluvia ahí afuera sigue cayendo con tozudez, repiqueteando contra el cristal de la única ventana, dando a la habitación un aspecto muy poco hospitalario.

No tarda en aparecer la primera visitante. Una mujer joven y bella, de tez morena y finos pómulos, de ojos grandes y labios carnosos y pelo corto, ensortijado y brillante. Viste manera muy humilde, y se sienta nerviosa en la silla que le corresponde, al otro lado de la mesa.

Es la novia de uno de mis clientes, acusado de menudeo de droga. Le detuvieron con una cierta cantidad de cocaína en un bar cercano a la calle Montera. Lleva algún tiempo en la cárcel del Soto del Real, y ella está ansiosa por que lo liberen.

Me mira con ojos suplicantes mientras le explico la dificultad del caso: no tiene domicilio conocido ni parece que haya familiares que den la cara por él. Podríamos intentar la libertad provisional, pero ella tendría que cooperar presentándose ante el juez con su nómina y su contrato de arrendamiento.

-No tengo nada de eso. Soy prostituta. Trabajo en la misma calle Montera.

Lo ha dicho con voz clara y seca. Sin titubeos.

Pienso, un poco aterrado, que él probablemente es su proxeneta.

-Y sí, él es mi chulo, pero necesito que salga.

No sé cómo, pero ha adivinado mi pensamiento.

-Él no me pega, no me explota, no hace esas cosas que se cuentan por ahí. Simplemente es mi novio y me protege. Usted no sabe que cosas están pasando últimamente en nuestra calle.

Y las empieza a contar con voz asustada y monocorde: se ha puesto de moda entre los yonkis del extrarradio robar un coche e irse cuatro o cinco en él a Montera. Llegan totalmente puestos y acelerados, rabiosos de las diversas drogas que recorren sus cuerpos. Se acercan a alguna prostituta e intentan raptarla y llevársela quién sabe dónde. La violan entre todos salvajemente, y la dejan hecha un guiñapo en cualquier cuneta en mitad de la noche helada. Recientemente le ha pasado a una chica rumana que no tenía quien le protegiese.

-Como ve, no se puede estar allí sin protección.

Sentencia con aire firme mientras se agarra a la mesa con un gesto con el que parece intentar evitar perderse a la deriva en el marasmo de la gran ciudad.

La droga, pienso. Siempre la misma historia. Más del 60 % de los detenidos en una noche cualquiera de guardia del Turno de Oficio tiene relación con el mundo de la droga: tráfico, robos, etc. Prácticamente todo. Ya hay voces que claman por su legalización y control sanitario, pero no son escuchadas. Gentes destruidas, apartadas de la sociedad. Cuerpos desgarrados y mentes alucinadas, levitando en el vacío. Dispuestos a cualquier cosa, peones de todas las crueldades, blanco de todas las traiciones.

Y, probablemente, ella también es toxicómana.

-Yo no tomo nada. No me drogo.

Ha vuelto a leerme el pensamiento. Me pregunto cómo lo hará.

-Soy prostituta porque quiero. Porque no tengo dinero y gano más así que como asistenta en las casas de los ricos. Normalmente estoy en pisos, pero ahora tengo una mala racha porque me fui discutiendo de uno de ellos y no he encontrado otro que me guste. Además, así estoy más libre. Siempre y cuando me proteja Jorge.

No es momento de debatir sobre el tema. Veré que se puede hacer. Intentaré encontrar una solución.

Se va con ojos preocupados y llorosos, dejando un halo de desamparo tras sus pisadas.

Me enciendo un cigarrillo, mirando a la puerta del despacho, que se cierra suavemente.

Suena el teléfono y no respondo. Que dejen el mensaje.

Llego ya tarde a mi casa y me apoyo brevemente en la pared polvorienta y recorrida por una grieta con forma de corazón que da entrada a la cocina. Apenas hay nada para cenar y no ha debido de aparecer el butanero, así que no hay calefacción.

Comparto piso con tres o cuatro amigos de la primera juventud. Empezó siendo un alegre refugio de estudiantes donde la farra era continua y todo el mundo estaba contento. Ahora cada cual tiene sus líos y es muy fácil que tengamos roces. Un par de ellos son “fiesteros” profesionales, cada vez más absorbidos por el mundo alucinatorio y virtual de la noche y las sustancias poco recomendables. Otros intentan trabajar en empleos precarios y mal pagados, con horarios de órdago y relaciones personales cercanas a la paranoia. No hay ya mucho espacio para la alegre camaradería de los primeros años.

Hoy nadie ha debido poder esperar al butanero, así que ese señor andaluz con un eterno cigarrillo bajo el bigote y un bonito uniforme naranja, no ha subido los cinco pisos sin ascensor portando la inmensa bombona. Hace un frío que pela.

Saco tres o cuatro mantas y las pongo sobre la cama. Tendré que dormir con ellas si no quiero morir congelado.

Me llaman al móvil y respondo. Es Javier Obispo, el incombustible hombre-para-todo de la Asociación Contra la Tortura:

-Hola, Jaime, buenas noches, ¿qué tal te ha ido esta mañana en Villanoray?

Se lo cuento y me comenta con voz animada:

-Estamos dando en algo importante con ese asunto. Esa unidad de Policía Municipal ha acumulado un número record de denuncias por malos tratos en los últimos meses. El último fue un quiosquero que luego no se atrevía a contar por qué había tenido problemas con ellos. Aquí hay algo raro.

Perfecto. Más emoción. Ahí afuera sigue lloviendo mientras los ojos casi se me cierran del cansancio acumulado.

-Y, por cierto, Jaime, tengo que contarte algo...

-Venga, dispara.

-Nos han puesto una denuncia. A la asociación. Un pseudo-sindicato de esos de la ultraderecha: Palmas Abiertas o algo así. Dicen que no deberíamos publicar nuestros informes

en la página web. Que en ellos aparecen identificados con sus iniciales agentes policiales, y que eso les pone en peligro.

-Pero en la web no se pone nada que no esté sacado de otros medios de comunicación comerciales.

-Claro, todo lo que figura no es más que un “recorta y pega” de los periódicos del día. Sin embargo, y aunque a ninguno de los policías que aparecen les ha pasado nunca nada extraño, nos acusan de ponerlos en el punto de mira de los terroristas.

-Vaya por Dios, siempre con lo mismo. Es la excusa perfecta para que todo lo demás desaparezca. ¿Y cuando les saca El País no los pone en el punto de mira?

-Te tendré informado. Nuestra defensa la está llevando Ignacio.

Miro al techo con la luz apagada, e intento dormirme. Me cuesta, pese al cansancio: las emociones del día han sido fuertes y no puedo olvidar los ojos asustados y tristes de la prostituta de la calle Montera. Olga, se llamaba. Y si está ahora ahí afuera espero que lleve un paraguas y un buen abrigo. No para de caer una cortina de agua helada sobre el asfalto.

DOS.

Estiro un poco las piernas, sentado como estoy en el banquito barnizado del pasillo de los Juzgados de Villanoray. Frente a mí, una familia gitana al completo se mueve aceleradamente, ocupando la totalidad del espacio disponible. Los colores brillantes de las ropas, amontonadas en capas interminables sobre cuerpos dinámicos, el reflejo bruñido de los rostros morenos, las voces alegres aún en la más tenebrosa adversidad, el chillido vibrante de los niños que corretean sin ton ni son; nada parece recordar que estamos en el más grave templo de la Justicia... Esa Diosa poco adorada hoy en día.

De repente, el tumulto se detiene y todos se vuelven perplejos a sus asientos. Se hace el silencio. Allí, al fondo del pasillo, se recortan algunas siluetas familiares.

Liderando el grupo va Rodrigo Merino, el orondo abogado-estrella de los programas rosas y las mafias policiales. Su grueso vientre parece ir unos pasos adelantado al resto de su cuerpo, que se mueve con la seguridad del hombre acostumbrado a ser el centro de atención. Tiene una edad indefinible (la misma desde que recuerdo haberle visto por primera vez) y un gesto claramente altivo, elevando su frente bronceada como un emperador romano.

Se trata del letrado más polémico de los últimos años. Hay quien duda de que haya ganado alguna vez algún juicio e, incluso, de que sea realmente abogado (al parecer, al principio empezó a ejercer sin tener el título, lo que no le implicó demasiado graves consecuencias). Sin embargo, lo que parece claro es que si las cámaras están cerca, el abogado, finalmente, será él. O si el procedimiento es lo bastante siniestro, que es la otra posibilidad. Porque junto al ejercicio de picapleitos estrella de la jet y los famosos, Don Rodrigo (así le llaman sus allegados) parece dedicarse también a la defensa de policías corruptos, mafiosos de medio pelo, y políticos a un paso de Soto del Real. Una joya, vamos.

Tras él vienen sus cuatro valkirias. Cuatro hembras rubias y altas como modelos, con elegantes trajes terminados por abajo en escuetas minifaldas que dejan ver unas piernas tersas y largas cual arbolillos azuzados por el cierzo. Las cuatro mujeres le llevan los papeles y el ordenador portátil, siguen sus pasos con arrobamiento y seriedad, levantando un murmullo lascivo por parte de los varones del pasillo e histéricos susurros de envidia de las escasas mujeres. Es posible que sean abogadas, aunque tampoco lo juraría. Forman parte del espectáculo de Don Rodrigo. Así se garantiza que ninguna de sus apariciones pasa desapercibida y, ¿por qué no?, nunca parece mal acompañado.

Unos pasos después, ya inadvertidos por el resto de ciudadanos que se giran al ver pasar a las valkirias y al orondo abogado, vienen los auténticos protagonistas. Tres de los letrados más caros y tenebrosos de la Capital. Con relojes de tres mil euros y mirada altiva y seca. Con gesto discreto pero feroz.

Todos ellos son los abogados de los policías municipales de Villanoray que vienen a declarar en el procedimiento por malos tratos en el que yo represento a Alfredo y Alicia. Estos son sus poderes.

Don Rodrigo se dirige a mí, que sigo despatarrado mansamente en el banquito del pasillo:

-Voy a denunciar a sus clientes por falso testimonio, les voy a dejar en calzoncillos. Y después le voy a denunciar a usted, y a la asociación que usted representa.

Lo ha dicho bien alto para que lo oiga todo el mundo en unos cuantos metros a la redonda. Esto también forma parte del espectáculo. Él lo sabe, yo lo sé, y él sabe que yo lo sé. Probablemente, hasta el propio patriarca gitano que masca tabaco frente a nosotros, también lo sepa.

-Vale.

Oigo un breve carraspeo. La valquiria rubicunda más cercana a Don Rodrigo pretende hacerme notar que, en estos momentos, un pelagatos bajito como yo, con aspecto de no haberse comido una rosca desde el instituto, debería estar babeando absorto en sus muslos, y no mirando con cara de cachondeo a su jefe y guía.

La comitiva entra gloriosamente en la sede del Juzgado, arrancando exclamaciones de emoción de los concurrentes, a los que sólo les falta aplaudir.

Las declaraciones de los cinco policías implicados en el asunto de mis clientes son tensas, largas y problemáticas. La versión que intentan contar, parapetados tras sus gafas de sol y enrocados en sus uniformes centelleantes, es bastante espesa.

-Nos llamaron desde el bar porque había un tipo pegando a una mujer. Llegamos allí y él se resistió. Se comportó de una manera extremadamente violenta, aunque no parecía drogado ni borracho. Tuvimos que reducirle utilizando la fuerza mínima imprescindible. De hecho, él nos agredió primero a nosotros.

No puedo evita sonreírme ante lo que ha dicho. He visto su parte médico: derrame de líquido sinovial en los nudillos. Debió de golpear repetidamente con su cabeza la mano del policía, hasta hacerle gritar.

Pero la versión continúa:

-En comisaría se le trató como a cualquier detenido. En ningún momento se le agredió, pero hubo que volver a reducirle porque atacó a un policía que abrió la puerta de su celda para darle la cena.

-¿Y ella?

Aquí no están tan seguros. Uno dice que le atacó por la espalda cuando estaba reduciendo a su pareja, arañándole la nuca. Otro, sin embargo, afirma que a quien asaltó fue a él, que venía como refuerzo y acababa de bajarse del coche para intervenir al ver el altercado. Ninguno, por supuesto, la tiró del pelo ni la empujó.

La verdad es que las declaraciones han sido complicadas: los agentes han tenido varias contradicciones no precisamente anecdóticas. Uno de ellos, en un raptus, producto de algún tipo de querencia subconsciente, afirma:

-Cuando estábamos metiéndole a él en el coche, pude ver como ella entraba en el otro, de un empujón.

Quiero que eso conste textualmente en el acta de la declaración, pero el juez se resiste como gato panza-arriba.

-No ha dicho exactamente eso.

Joder, lo ha oído toda la sala. Hasta la secretaria del Juzgado me mira con cara de niña mala pillada comiendo chucherías.

Después del espectáculo de los agentes llega el plato fuerte de la mañana: José García López, el Jefe Superior de la Policía de Villanoray. Estaba en la comisaría ese día y mi cliente dice que vio como le pegaban.

Es un hombre serio y fuerte, con una cabeza grande y cuadrada, que habla con voz autoritaria y monocorde:

-Yo no salí de mi despacho en ningún momento.

Se me queda mirando fijamente, sin pestañear ni un instante.

-Nadie puede negarlo- Sentencia, con la cara del hombre acostumbrado a ser obedecido sin rechistar.

Todo ha ocurrido como era de esperar: agentes con una versión bien aprendida, algunas contradicciones no sólo aparentes, gestos de seriedad y relojes caros (¿de donde sacarán estos funcionarios públicos el dinero para esos relojes?).

Al salir, uno de los letrados de los policías se me acerca subrepticamente. Ya está a mi lado. Desde aquí puedo oler su perfume de más de 300 euros.

-Escucha. Estos señores tienen muy malas pulgas. Y no olvidan. Estás metiéndote donde no debes. La policía municipal de Villanoray tiene muchos amigos.

Esto no estaba en el guión. Las amenazas jurídicas forman parte del espectáculo, pero las físicas no. Aunque tampoco ha dicho nada que sea denunciabile. Es como en las novelas de Leonardo Sciascia: algo que sólo se insinúa, en un marco de dobles sentidos. Algo que quiere decir lo que quiere decir. Todo un señor letrado de los más caros de la Capital.

Pienso en ello cuando paso el arco detector de metales de los locutorios de la cárcel de Almeida. He llegado aquí con la pequeña furgoneta que pone el Colegio de Abogados para los letrados con menos posibles. Mientras atravesábamos las oscuras carreteras castellanas, azotadas por el viento, la lluvia seguía cayendo como una maldición inevitable. Ya ni siquiera sé desde hace cuánto.

La zona de los locutorios es un alargado pasillo enfrente del cual se encuentran diminutas estancias acristaladas, que dan al lugar donde los presos, que han venido por otro pasillo semejante, se sientan para platicar, no siempre amigablemente, con sus abogados.

Por supuesto, toda idea de intimidad es una fantasía en este espacio. Más allá de las escuchas legales o ilegales que puedan llevar a cabo los jueces o la dirección de la cárcel, lo cierto es que lo que se habla en uno de los cubículos se oye perfectamente en el de al lado, aunque los letrados ponemos una cortés cara de póker al respecto y procuramos mirar fijamente al frente, donde se encuentra nuestro cliente, separado de nosotros por una pared de cristal con una diminuta abertura que sólo permite pasar al ruido.

Para poder conversar hay que poner una postura extraña y antinatural que impide discusiones largas, o gritar abiertamente, confiando en la dudosa decencia de los presos y letrados de ambos lados.

No me pregunten. No sé si eso es así por falta de presupuesto o porque forma parte de algún tipo de experimento social y psicológico desarrollado por el Mossad o la CIA. Pero es lo que hay.

Aquí viene la persona con la que he venido a hablar. Es Pedro Gualechi, un cetrino personaje ecuatoriano que llegó a España buscando un mundo mejor y se encontró de bruces con la heroína. La miró, la probó y la desposó en los descampados agrestes que rodean los poblados chabolistas de la Capital. Pero claro, él no es uno de esos buenos chicos que pueden pedir el dinero a sus padres, así que está aquí por un robo con intimidación. Sacó una jeringuilla para quitarle la pasta (apenas calderilla) a un jubiladete que venía de dar un paseo al sol, en una mañana primaveral. Plantearé que la jeringa no es un medio peligroso, avalado por numerosa jurisprudencia, y que, por tanto, y teniendo además en cuenta su toxicomanía habitual (es una pena que en ese momento no estuviera con el síndrome de abstinencia) debería rebajársele la pena.

Este hombre pequeño y enjuto me mira con ojos serios y escondidos tras su enorme nariz aindiada. No debería decir esto, porque soy un firme crítico de la institución carcelaria, pero la "trena" parece sentarle bien. Le dan de comer, hacen que duerma todos los días, consigue habitualmente droga sin problemas (uno de los misterios de la cárceles modernas) y hasta hace algo de ejercicio. Físicamente parece más entero y su habla es mucho más coherente.

Una vez me contó su historia. Debió de salir espeluznado de un poblado polvoriento, donde la pobreza y la miseria reinaban en coalición con la sordidez y los pies descalzos de los niños, y llegó al rutilante Madrid de mediados de la década de los noventa. Empezó robando con arte a los turistas europeos, en el centro de la Capital. Ellos no notaban nada y nadie se molestaba. Hasta la policía parecía tratarle con una cierta tranquilidad cuando le detenían por unas pocas horas acusado de un hurto aprovechando el descuido de un tipo rubicundo que se había emborrachado desde el mismo momento en que se había bajado del avión. No le iba mal. El problema de verdad empezó cuando se aficionó a los "chinos". Luego quiso ser un tipo auténtico y se pasó a la jeringuilla, aunque para entonces ya casi nadie la usaba. Hepatitis, anticuerpos del VIH, y un habla lenta y arrastrada delatan su adicción. En el ínterin, ha acumulado bastantes condenas para pasarse aquí una buena temporada.

De vez en cuando escribe a su madre, a su aldea natal. La anciana indígena medio ciega que espera en la chabola hecha de latas, se estremece de felicidad cuando alguien le lee la carta en la que su retoño preferido le cuenta lo bien que le va en España, donde ha montado un negocio propio y se ha casado con una bella turista austriaca, vestida con traje-pantalón y, sobre todo, muy blanca y pecosa.

Pedro Gualechi me mira con atención. Ya hemos hablado bastante sobre su caso y quiere asegurarse de que yo no escribiré en ningún momento a su madre ni a ninguno de sus

familiares en Ecuador. Dice que algún día volverá a su pueblo arrancando muecas de admiración al bajarse de su Jaguar último modelo.

Al final de la conversación se queda callado y pensativo. Parece dudar un instante y, de pronto, se decide a expresar lo que le carcome:

-Y señor letrao, tenga usted cuidao.

No le doy importancia. Una frase como cualquier otra.

-No, señor letrao. Tenga usted cuidao. Aquí se oyen muchas cosas. Hay gente que le quiere mal.

Se hace un silencio incómodo mientras recojo los papeles y los voy metiendo en el maletín, intentando no arrugarlos demasiado.

-Gracias, Pedro. Lo intentaré.

-Hágalo.

Salgo de la cárcel por un estrecho pasillo, llegando a un aparcamiento exterior, cubierto por un cielo gris plomizo que parece amenazar a los Dioses con una explosión repentina.

En mi despacho, la tarde transcurre monótona y con pocas llamadas, y el ruido de fondo de la lluvia intermitente.

Ahora, sin embargo, aparece Olga, la prostituta, por la puerta.

Se sienta seria y con ojos como de cristal de roca. Me trae la dirección de un familiar que se ofrece a hacerse valedor de su novio, para una hipotética libertad provisional. También trae partes médicos de Jorge y una carta de Proyecto Hombre, por la que se le admite en un programa de la asociación.

-Está muy bien. Veré que puedo hacer.

Parece casi sonreír un instante, pero, de una manera abrupta su sonrisa se congela en una mueca de terror espeso.

Sigo la línea de su mirada. Está fija en una página que apenas se ve del expediente de Villanoray. Lo acabo de recibir por fax y lo he dejado sobre la mesa antes de archivarlo. Hay un folio por encima pero, pese a todo, puede leerse muy claramente un nombre: José García López, el jefe de la comisaría.

Olga me mira con ojos de conejo asustado, de animalillo atrapado por un depredador mucho más fuerte.

-¿Qué te pasa?

-Ese tío...-la voz le tiembla.

Le cuesta explicarse, pero me cuenta su historia: conoce a José García y a sus muchachos. Trabajó en un piso-burdel en Villanoray. Allí iban a expansionarse todos aquellos buenos chicos. Llegaban, hacían lo que querían, y se iban sin pagar. También cobraban protección a la dueña. Debían hacerlo con todo el pueblo, no sólo con el prostíbulo: bares, tiendas, todo.

-Él es especialmente desagradable. Le va el rollo agresivo, la violencia y la humillación.

Vuelve a mirarme con ojos asustados, pero continúa decidida.

-Mira, aunque no te lo creas, la mayor parte de los clientes son buena gente. Gente más o menos educada y previsible que no espera sacar más que un desahogo. Hasta hay alguno tierno y dulce. Pero de vez en cuando aparecen personajes como este tío. Se creía el dueño de la casa. Y le iban los rollos raros. Un día me agarró por el brazo y me lo retorció. Cuando empecé a gritar del dolor me metió un collar que llevaba en la boca y me penetró así, ahogándome y llorando, Cuando terminó me fui de la casa y no volví más. Y la dueña no estaba dispuesta a protegernos porque decía que le tenía mucho miedo.

Hay un instante de pausa mientras me mira fijamente, sin pestañear.

-Si ese tío sabe que he estado aquí estoy perdida. Te estará vigilando, seguro. Habrá alguien espionando tu despacho. Vendrá a por mí. No creo que quiera que cuente lo que sé de él.

En la última frase su voz se ha quebrado como una rama rota que pisas en un bosque húmedo.

-Tengo que irme-termina.

Cuando cierra la puerta, dejando un hálito de terror reconcentrado en la poco iluminada habitación, intento meditar sobre lo que ha pasado: nada parece demasiado claro ¿Por qué tanto miedo? Lo que ha contado es claramente delictivo, pero si sólo lo sé yo y ella no quiere que lo denuncie, la situación no es tan mala para el señor José García. Además, no hay pruebas. Hay algo que no termino de entender, ¿qué más sabe?

Una mafia policial. Amenazas. Un clásico, en definitiva. De vez en cuando se dan casos, ¿por qué iba a ser este tan especial?

TRES.

Observo caminar a Don Rodrigo, nuevamente en dirección a la sede del Juzgado, sentado otra vez en el banco del pasillo que ya empieza a parecer mi auténtico hogar. Junto a él, su rebaño de valkirias y los tres reptiles juristas. El espectáculo se repite, pero esta vez no hay una familia gitana esperando para participar en algún proceso, sino un grupo de jubilados que han decidido que prefieren ver algún juicio gratis a pagar por entrar a un teatro. Y hace demasiado frío para pararse frente a una obra. El jubilado más gamberro deja caer, con gesto sobreactuadamente desvalido, su bastón al paso de una de las incombustibles hembras de Don Rodrigo la que, bien educada como lo fue en algún antiguo colegio de monjas, se agacha para recogerlo, provocando murmullos de placer del resto de ancianos, que se han colocado estratégicamente para admirar con delectación su trasero poderoso.

Hoy van a declarar los testigos del asunto que últimamente siempre me trae por los Juzgados de Villanoray: los malos tratos policiales.

Son tres testigos: el dueño del bar donde ocurrieron los hechos, el quiosquero de la esquina más cercana, y una señora vecina de mis clientes que pudo verlo todo desde la acera de enfrente.

Los tres se encuentran sentados frente a mí, acariciando sus relojes con gesto de ansiedad. Los reptiles juristas se les quedan mirando fijamente.

Al poco rato nos recibe Su Señoría. Hoy se muestra un poco más despierto y tranquilo, y mira con ojos soñadores una postal que hay sobre la mesa, repleta de alegre colorido y que, a esta distancia, parece representar una playa en algún lugar lejano y soleado.

El primero en declarar es el dueño del bar. Es un hombre calvo y alto, con aspecto fornido, que mira asustado en todas direcciones. Su declaración no termina de ser muy clara. Está intentando agradar a todo el mundo. Muestra una enorme ambigüedad respecto a si mis clientes estaban peleándose en el momento en que llamó la policía, o era Alfredo el que estaba agrediendo unilateralmente a Alicia.

-No sé como empezaron, pero en un momento determinado estaban gritando.

-¿Quién estaba gritando, los dos o sólo él?

-No sabría decir, era todo muy confuso.

-¿Vio alguna agresión por parte de él a ella?

-No sé, gritaban, espantaban a la clientela. Llamé a la policía.

-Y cuando llegó la policía, ¿qué ocurrió?

Se hace un silencio espeso y pesado como un bloque de hormigón bajo el sol.

-¿Responde usted, por favor?

(Lo ha dicho el juez, sin levantar la vista de sus papeles, y con el gesto suave y pausado de quien está absorto en alguna cosa, que no parece ser exactamente lo que está sucediendo aquí en este momento).

El testigo carraspea. Don Rodrigo fuerza la situación:

-Responda ya, ¡responda si no quiere que le denunciemos por ocultar pruebas!

Ahora se decide, y lo que narra a partir de este momento es lineal y seco, como aprendido de memoria:

-El hombre agredió al primer policía que vino. Le redujeron sin hacerle daño, y se lo llevaron afuera. A partir de ahí ya no pude ver nada. Lo demás fue fuera de mi local.

-Pero el bar tiene en su frontal una cristalera inmensa ¿No vio lo que sucedió en la acera?

-No, no, ya no vi nada.

-¿Y cómo agredió este señor al policía?

-No lo sé. Estaba fuera de sí. Se negó a salir.

-¿Se negó a salir o le agredió?

Para. Parece pensárselo. Mira a todos los presentes con angustia. Se le humedecen los ojos.

-Yo creo que le agredió- musita al fin.

-¿Cree?

-Bueno, fue todo muy rápido...

-¿Qué intenta usted? ¡Está sugestionando al testigo! ¡Le denunciaré!- Don Rodrigo me mira con ojos furibundos, mientras grita, desencajado. El resto de letrados me lanzan miradas preñadas de odio, pero se mantienen en silencio.

-Bueno, bueno. Vamos a dejar este asunto. Demos por terminada la declaración de una vez- el juez parece algo contrariado por tener que abandonar su sopor y se retuerce en su sillón de cuero oscuro.

El quiosquero, al principio, tampoco es muy claro. Se le desata un pequeño tic en el ojo derecho. Finalmente, suspira, mira al infinito y, como si estuviera concentrado en un mundo paralelo, empieza a decir:

-La verdad es que pude ver como los metían muy violentamente en los coches policiales. Él no se resistía, sólo quería sentarse en el suelo. Ella parecía volar de la acera al coche patrulla, del empujón que le metieron.

Se ha hecho un silencio. Es el turno de los juristas de minuta extensa.

-Usted ha denunciado anteriormente a estos agentes, ¿verdad?

-Sí. (El quiosquero no quiere dar más explicaciones).

-Y retiró la denuncia, ¿verdad?

-Así es.

-¿Tiene usted alguna enemistad personal con el Jefe de Policía?

-No.

-Pero usted le denunció, y luego no pudo probar sus acusaciones.

-...

-¿Sabe lo que es una denuncia por falso testimonio?

(Está claro que lo sabe. Pero no quiere contestar).

-Un quiosco es una concesión municipal, ¿verdad?

Vaya, vaya. Se está pasando de la raya.

-¿Por qué pregunta usted eso, si ya lo sabe?-intento intervenir.

El juez nos mira con sorpresa. Como si acabáramos de despertarle.

-Pensamos que este señor miente porque no se le permitió ampliar su quiosco, recientemente.

El quiosquero se sonrío. Sigue mirando al infinito. Ya no dice nada más. Tampoco nadie le pregunta nada. El juez acaricia su colorida postal entre sus manos, la secretaria nos mira con cara de sorna, mientras tabletea sobre la mesa con sus largas uñas pintadas de un rojo intenso y brillante.

Ahora entra la vecina que lo vio todo. Es una señora mayor, con el pelo gris alborotado, y un cuerpo frágil pero nervudo. Mira con seriedad a los presentes. Y no sonrío servilmente, como era de esperar, cuando se le ofrece un sillón forrado de cuero oscuro para sentarse.

-Lo vi todo. Vi como les golpeaban, pobres chavales. Los policías les empujaban y les daban con las porras. A ella la agarraron del pelo y luego la lanzaron de un empujón contra uno de los coches, mientras tanto, esos brutos les insultaban y, al final, se reían con ganas.

No ha titubeado ni un instante.

El juez parece serio, y la mira con aspecto de gravedad, como una estatua descolorida de un patricio romano en el momento de ser nombrado senador, colocada a la entrada del Museo Arqueológico. Le dura poco. A los dos o tres segundos parece deshincharse y vuelve a acariciar, subrepticamente, su eterna postal.

Para sorpresa de todos, los abogados de los policías no hacen ni una sola pregunta.

Al salir, la anciana se me acerca. Quiere tomarse un café conmigo. Tiene cosas que contarme.

-Mira, chaval. Esos tipos no me han hecho preguntas porque saben que no me voy a achantar, pero tendrán su artillería preparada para el juicio- me dice, con voz segura, mientras remueve con decisión un sobre de azúcar en su café humeante.

-Dirán que lo que digo, lo digo para vengarme del alcalde por un asunto personal que hubo entre ambos.

-¿Qué asunto?- procuro sonreír pero, realmente, no hace ninguna falta.

-Bueno, le intenté dar un buen par de ostias y sus matones me tiraron al suelo. Pero todo tiene una explicación.

La explicación es larga, y empieza por una vieja historia. Una de esas historias que todo el mundo en este país ha hecho grandes esfuerzos por olvidar y enterrar en lo más profundo de esta tierra malgastada. Todo el mundo, salvo ella. Y pocos más.

-Ramón Quijorna era mi abuelo. Tú no sabes quien era, pero en su época todo el mundo lo conocía, aquí en Villanoray y en Madrid. Era abogado, escritor, editor, y republicano federal. Estuvo en la cárcel en la dictadura de Primo de Rivera por un delito de opinión. Escribió varias biografías de grandes líderes del movimiento republicano del siglo XIX (Pi, Castelar...). Editó una colección de novelas eróticas latinas muy baratas, por lo que el cura del pueblo lo excomulgó. Era masón y regalaba rosas a las jóvenes que iban a lavar la ropa al río, cuando volvía de Madrid, donde tenía su bufete. Se casó con Elena Seara, asistente en la casa de un duque hosco y maleducado. Le regaló, muy pronto, un vestido rojo bordado con flores blancas y un hijo: Pedro Quijorna.

En 1936, Ramón Quijorna estaba absorto en sus casos y en su logia, y Pedro Quijorna estudiaba filosofía y letras en la Universidad de Madrid. A Pedro se le veía por las tardes con sus amigos en un café del centro, donde discutían de literatura, de poesía y, sobre todo, de la Revolución Social, pues Pedro frecuentaba el Ateneo Sindicalista de la CNT.

En 1937, Ramón Quijorna fue nombrado presidente del tribunal revolucionario de Villanoray, en representación del Partido Republicano Federal. Pedro Quijorna, por su parte, tuvo una hija con mi mismo nombre con Amalia Vera, maestra socialista del ala de Largo Caballero y autora de varios artículos feministas en revistas semanales. Además, formaba parte de las tropas que defendían la sierra de Madrid del avance de los "nacionales", como se les llama ahora.

En 1939, Ramón Quijorna fue fusilado nada más entrar las tropas franquistas en la Capital. Ni siquiera le hicieron un juicio. Lo sacaron de su casa y lo pusieron contra la pared del edificio de enfrente. Tiraron su cadáver a una fosa común que nunca conseguimos encontrar.

Pedro Quijorna logró huir y se escondió en la casa familiar, en el pueblo. Intentó pasar a Francia con su mujer y su hija, pero Ramón Alcoy, el recién nombrado alcalde falangista, y amigo suyo de la infancia, ordenó que lo detuvieran.

Le estuvieron dando palos varios días, junto a un campesino anarquista del pueblo y a un ex-miliciano que habían pillado cuando intentaba volver a su aldea natal en Levante. Los fusilaron a los tres a pocos kilómetros de aquí.

Ramón Alcoy era el padre de Esteban Alcoy, el actual alcalde de Villanoray.

Hace unos meses vinieron unos chicos de la Universidad que decían que habían localizado la fosa donde yace Pedro Quijorna, gracias a los documentos de testigos de la época que no han podido ser conocidos hasta que murieron. Intentamos abrirla para dar sepultura a mi padre y a sus compañeros. Esteban Alcoy se negó a dar ningún tipo de permiso para ello. Cuando se lo reprimí, al salir de la Plaza de Toros, en las fiestas del pueblo, me llamó “vieja loca” y “desequilibrada”. Le lancé una patada a los huevos, pero uno de sus chicos relucientes y musculosos me dio un empujón que me tumbó de inmediato. Eso es todo.

Sorbe un leve instante su taza de café humeante.

-Tengo una pregunta. Aunque no es muy original.

(Se sonríe)-Dime, chaval.

-Esteban Alcoy, el actual alcalde de Villanoray, ¿es del Partido Socialista, verdad?

-Y lo que haga falta, chaval, lo que haga falta...

La tarde transcurre torpe y arrastrada en mi despacho, mientras examino diversos libros jurídicos, extraídos de la biblioteca del Colegio de Abogados, que deberían permitirme preparar con solvencia la defensa de otro caso que tengo entre manos.

En ese momento suena el teléfono. Es la secretaria que pagamos entre todos los letrados de mi bufete, para dar aspecto de sitio serio y con posibles.

-Hay aquí un señor que quiere verte. Dice que es policía.

-¿Ha dicho qué quiere?

-Viene por un asunto de Villanoray, no me da más datos.

-Dile que pase.

Apostaría a que no es ninguno de los municipales acusados. Sería demasiado extraño, y el bufete está lleno de gente en este momento para que me pase nada. Demasiados testigos.

El hombre que entra por la puerta tiene unos cuarenta años, pelo corto y estilo atlético. Sus sienes se van plateando últimamente y lleva una mochila de un color indefinible, en un tono oscuro.

-Buenas tardes -se sienta sin que yo le diga nada- Soy Andrés Urdiales, de la Brigada de Información de la Policía Nacional.

-Bien –espero un segundo a que se sienta mínimamente cómodo en su sillón- ¿Y qué desea de mí?

-Vengo a verle en relación a un asunto de malos tratos en que está usted personado en los juzgados de Villanoray.

-Continúe.

-Bien, usted puede imaginarse, aunque sólo sea por las series televisivas, a que se puede dedicar nuestra unidad. Ahora mismo estamos investigando a esos mismos policías municipales a los que usted acusa.

-De acuerdo, pero yo no puedo ni debo contarles nada del expediente sin permiso de mis clientes. En todo caso, ustedes tendrían un acceso mucho más fácil al mismo directamente en el Juzgado, ¿en qué puedo ayudarles?

-No se preocupe. No es ese el tipo de información que necesitamos. Es algo un poco más delicado.

(Hace una pausa. Mira detenidamente la estantería a mi espalda).

-Usted dirá.

-Sabemos que usted tiene relación con Olga López.

-¿Con quién?

-Olga López. Una prostituta novia de uno de sus defendidos, Jorge Almada, a quien usted representa en un caso de tráfico de drogas. La seguíamos y la hemos visto subir aquí un par de veces.

-Tampoco le puedo contar nada de ese otro asunto, ya lo sabe.

-No la seguimos por eso. Pensamos que tiene informaciones relevantes relacionadas con algo que estamos investigando en Villanoray, pero no logramos encontrarla. Ayer desapareció de Montera y de nuestra vista. Creemos que usted sabe donde está o tiene acceso a la información que necesitamos.

-No sé de qué información me está usted hablando, y desconocía su relación con el asunto de Villanoray. Vino a traerme alguna documentación relacionada con el asunto de su novio, pero tampoco sé donde vive, ni dónde encontrarla en este momento.

-Señor letrado, piénsese usted bien lo que nos cuenta. El asunto de Villanoray es más serio de lo que parece, y no creo que le convenga verse envuelto en este tipo de circunstancias...

(Ahora me mira fijamente).

-No es usted el tipo de letrado que nosotros preferimos, señor Jaime Caminero, defiende usted cosas que despreciamos en mi oficio. No tiene nuestras simpatías. No lo olvide.

(No ha dejado de mirarme, y el tono de su voz ha ido haciéndose serio e inflexible, y cada vez más alto).

-No le interesa verse envuelto en este asunto. Está por encima de sus capacidades. Y fuera de sus intereses. Nosotros podemos resolverlo sin daño para nadie, pero sólo si usted coopera.

(Siempre he sido duro de mollera).

-Soy plenamente consciente de todo lo que usted me cuenta, señor agente, pero no sé como puedo ayudarle. Desconozco dónde está esa mujer, y no estoy autorizado a darle ninguna

información adicional sobre ninguno de mis clientes. Si recibo esa autorización ya se lo haré saber ¿Desea usted algo más?

-Sí, sólo le aconsejaré una cosa, porque a pesar de todo tengo buen corazón: no juegue usted en una liga que no es la suya. Se lo recomiendo.

(Sonríe mientras se levanta).

-Si sabe dónde está esa mujer llámeme aquí. Si recibe algo de ella envíemelo y, por su seguridad, ni lo mire, ¿entendido?

No llego a contestar, pero da igual, porque ha salido de la habitación cuando alcanzo a levantarme. Sólo le oigo gritarle a la secretaria, al abrir la puerta de la calle:

-Adiós, guapa.

Hoy es viernes y no me apetece pensar mucho en estas cosas. Voy a salir un rato con los amigos. Guardo la tarjeta del agente Urdiales en un cajón de mi mesa y lo cierro con una llave plateada.

Varios jóvenes danzan extrañamente, dándose violentos empujones unos a otros, entrechocando de manera paroxística sus hombros al ritmo de una música que más parece el bramido atronador un salvaje animal al borde de la muerte.

Estamos en una casa okupada del centro de la Ciudad. Un Centro Social constituido por una enorme nave repleta de grietas y murales reivindicativos. Las columnas que sostienen el techo parecen mirar acongojadas al escenario, desde el que un hombre ataviado con harapos y un peinado estafalarario grita: “¡No más punkis muertos!”.

Por frecuentar sitios como estos es por lo que el amable agente Urdiales considera que no soy el tipo de letrado que su cuerpo policial prefiere. Para él soy, únicamente, otro delincuente más.

Mis dos acompañantes, un informático con patillas, gafas y mirada avispada, y un extraño joven con tirantes, traje y un sombrero de dandy, sostienen sendos “minis” de calimochos mientras me dicen:

-Eres un triste, macho. Nosotros nos quedamos aquí.

-Pasad a la charla, estará interesante.

-Desde luego, eres un gafa-pasta de espanto- me espeta, sonriendo, el friki que se pasa media vida en Internet.

Así que entro en otra habitación, colocada a un lado de la nave central, donde las paredes están repletas de coloridos carteles políticos, y una increíble marabunta de sillas de distintos orígenes y hechuras se amontona caóticamente.

Al fondo de la sala hay una pequeña mesa de madera con trazos de pintura verde. Detrás de ella se encuentran varias personas: el ponente de la charla, el que la va a presentar, y una chica pelirroja con peinado de skin-girl y una sudadera con una calavera cruzada por un tenedor y un cuchillo, en la que puede leerse: “Eat the Rich”.

Poco a poco va entrando gente a la habitación, aunque sólo se llena cerca de un tercio. Yo me siento en una de las primeras filas de sillas, porque el ruido del concierto de al lado es atronador y va a ser difícil oír la conferencia.

El presentador, un chico con una cresta verde caída y varios pendientes en la boca, hace los honores:

-Hola, compis. Con nosotros está hoy Raúl Ceniceros, un auténtico mito del anarquismo hispánico. Es el autor de las mejores biografías que hay de muchos de los miembros del grupo Nosotros, pero su currículum viene de mucho antes...

El ponente, un anciano fortachón y de mirada dura, juega con un bolígrafo que hay sobre la mesa.

-Raúl empezó a trabajar a los 11 años- continúa el presentador- Entró en contacto con el anarquismo durante la guerra, militando en las Juventudes Libertarias. En el franquismo se exilió en Francia y participó directamente en el maquis durante años. Ha pasado cerca de dos décadas en distintas cárceles. Hoy nos va a hablar de esa experiencia.

En ese momento entran varias chicas borrachas por la puerta, montando un enorme estruendo al chocar contra las sillas. Se ríen a carcajadas, mientras todo el mundo las mira. A una se le derrama el mini de cerveza sobre una mesa con panfletos que hay junto a la entrada. Se van a trompicones al tiempo que una grita, ahogándose de la risa:

-Perdón. Creíamos que era el servicio.

El anciano enjuto y grande, empieza a hablar mirando al infinito:

-Entré en la cárcel de Porlier en 1953...

Suenan varios teléfonos móviles. Todo se interrumpe. Uno de los dos jóvenes que rebuscan en sus mochilas con movimientos agresivos logra sacar el aparato. Se levanta y grita:

-Sí, Mario, cuéntame, ¿cómo te va?

Mira con alegría a todos los presentes mientras continúa su conversación privada con voz perfectamente audible:

-¡Joder, tío! ¡Qué guay!

Sorpresivamente, el anciano ponente se levanta y se dirige a la pared más cercana. Antes de que nadie pueda hacer nada para impedirlo, se baja la bragueta y empieza a orinar contra la grieta que adorna el muro. Un enorme charco oscuro se va formando a su alrededor.

La skin-girl es la primera en reaccionar. Con gesto maternal se dirige al hombre fortachón pero ajado, que ahora se la está sacudiendo con energía, y le indica con voz suave:

-Hombre, Raúl, podías habernos avisado. Hay un servicio aquí al lado.

La respuesta del héroe anarquista es rápida, directa y perfectamente audible para toda la sala:

-Ya, pero como he visto que aquí todo está lleno de mierda, he pensado que daba igual donde meara.

Se hace un silencio pesado y abrupto entre los presentes, aunque al fondo se oye perfectamente el bramido de las guitarras eléctricas en el concierto de al lado.

Con un cierto descontrol nervioso, el chico de la cresta verde da por terminada la charla, “ante las dificultades de llevarla a cabo en estas condiciones”.

-¿Qué, un bonito espectáculo, verdad?

Una suave voz femenina, cercana a la risa, me hace darme la vuelta, al tiempo que noto una mano amistosa sobre el hombro.

Es Clara. Y está muy bonita.

Es morena, bella, de pómulos perfectos y mirada franca. Habla con un tono suave y tierno.

-La verdad es que estos espectáculos no ayudan mucho a la causa de las ocupaciones, ¿no te parece?

-Habría que plantearse si este hombre tenía razón.

Clara no es precisamente el tipo de persona a quien habría que culpar por estas cosas: siempre está ayudando donde hace falta. Milita en el movimiento okupa con seriedad y jovialidad, aúna una energía incansable con una capacidad reflexiva fuera de lo común.

-Jaime, te veo un poco desmejorado.

(Ya lo he dicho. Siempre está ayudando. Siempre está cuidando).

-Bueno, llevo unos días de bastante estrés. Pero no pasa nada.

-Es que esta ciudad es muy dura. Estoy pensando en irme en algún momento al campo.

(Sinceramente, no creo que eso sirviera de nada. El caso es con quien estés, no donde estés. Pero no se lo digo: el brillo acristalado de sus ojos me provoca momentos de amnesia e indefensión).

-Aunque la verdad es que me he apuntado a un posgrado en Barcelona. Me iré antes del curso que viene, si puedo permitírmelo.

-¿Y por qué no ibas a poder?

(No la veré, pero le deseo lo mejor).

-Tengo que juntar dinero para la matrícula. Esto de trabajar precaria no es lo más apropiado para ahorrar. Se me acabó el contrato en el Día y he estado mandando currículums, pero no parece que me cojan.

(Alucino. Es bióloga. Una de las personas más inteligentes que conozco. La tenían de cajera. Y se permiten el lujo de no renovarla. Esto de la precariedad es increíble).

Conversamos un rato pausadamente, intercambiando noticias y opiniones con un tono general de ternura y convicción. Amistosamente, pero con confianza, sin mojigatería.

Finalmente, se va con un tipo rubio y alto, delgado y con barbita, que tiene varias rastas en la parte de atrás de la cabeza y lleva un vaso de tubo repleto de whiskey con alguna sustancia dopante más inconfesable. Sé que es prácticamente analfabeto y me extrañaría que no traficara.

No puedo evitar pensarlo: ¿esto de qué va? ¿Qué hace con ese imbécil?

Pero al salir al frío relente de la calle, que me golpea como un martillo helado manejado con violencia por un gigante iracundo, cambio de opinión: es posible que el que no sabe de qué va sea yo.

CUATRO.

Estoy un poco amodorrado, pero intento acomodarme en el asiento del vagón de un Metro atestado. Tengo mi maletín oscuro sobre las rodillas mientras alguien intenta sentarse sobre mi hombro, sin darse cuenta de que molesta.

La gente se observa mutuamente con cara de ansiedad, y tratan de hacer pasar sus codos y piernas por el escaso espacio libre, sin clavarlas en la cara de algún que otro niño que se agarra a los muslos de su madre.

Voy medio dormido. Intento cerrar los párpados, pero no puedo, en medio de tanto barullo: no termino de sentirme cómodo y los vuelvo a abrir, navegando entre el marasmo, el olor a multitud, y el ambiente estresante de caras crispadas e inquisitivas.

Y entonces me fijo en él:

Está al otro lado, junto a la puerta de mi izquierda, y me he dado cuenta de que me ha mirado seriamente un buen par de veces.

Es moreno, robusto, mucho más alto y fuerte que yo. Tiene el pelo corto y ensortijado, y una mandíbula cuadrada y grande que casi tapa unos ojos tirando a saltones y unas cejas espesas y casi diría también que ensortijadas.

La mirada no es muy dulce que digamos. Parece estudiarme con un deje de odio contenido, aunque retira la cabeza cuando yo le miro, y pasa a observar con desprecio a la rubia vivaracha, pero bastante más guapa, que prácticamente se lanza contra él al abrirse las puertas del vagón.

No sé, me llama la atención. Pero tampoco le doy importancia.

Salgo del vagón casi a empujones, y teniendo que esquivar a los que van a entrar, que no sé por qué, pero siempre se colocan justo en medio de la salida, impidiéndonos huir del interior atestado. Subo por la escalera mecánica, quieto y apoyado sobre la barandilla de goma deslizante, y me doy, casualmente, la vuelta.

Aparta su mirada. Pero está ahí, un par de personas detrás de mi. Se rasca una pierna y otea al infinito. Quizás sea un puro azar.

Al salir de la estación, me pierdo entre las callejas que llevan a mi despacho. No es mi trayecto habitual, pero algo me dice que merece la pena hacer hoy una excepción. Quizás es importante. Quizás me estoy volviendo paranoico. Al volver la vista atrás un instante le veo doblar la esquina por la que acabo de pasar, con paso firme, y una mirada tenaz, cada vez más descaradamente dirigida hacia mi nuca.

Salpico los charcos de la calle, y estoy a punto de resbalar mientras acelero el paso, al entrar en una callejuela empedrada en la que no hay nadie y sólo se oye, lejanamente, el son de una bachata radiofónica y feliz. Antes de llegar a la siguiente esquina, me arrodillo como si fuera a atarme los zapatos, de cara a un inmenso escaparate que refleja la entrada de la calle por donde he aparecido hace un momento.

Le veo irrumpir, ya prácticamente corriendo, mientras se saca algo alargado y metálico de su abrigo y sus pisadas resuenan con fuerza sobre el empedrado.

Juego mi última baza. Tuerzo una esquina y saco la llave del portal más cercano. Un regalo producto de una anterior vida de alquiler en el barrio. Roto la llave, entro corriendo en el descansillo y me escondo al principio del pasillo que lleva al ascensor. Desde aquí puedo ver, reflejado en el cristal de la entrada, un trozo amplio de la acera, sin ser visto desde allí. O al menos eso creo.

El tipo entra corriendo decidido en la calle, pero se para, jadeando quedamente, con una reluciente barra de hierro en la mano. Mira alrededor con gesto ceñudo. Aprieta fuerte el arma destinada a mi cabeza. Se queda mirando el portal en el que estoy, el cristal desde cuyo reflejo puedo verle a él.

Mi corazón late desacompasado.

(Las gaviotas vuelan en taxis fucsias desde el horizonte. No hay nada tras las barras de pan de los acantilados frioleros. El mundo se acabará una noche de esponjas)

El tipo otea a su alrededor sorprendido. Parece dudar un instante. Saca un teléfono móvil y lo vuelve a guardar. Termina por irse al tiempo que sus pisadas siguen resonando en mi cabeza durante unos segundos interminables.

(Marcial montaba camellos diminutos en un México gélido. El periódico conduce en dirección a la cueva de Alí Babá y al tálamo nupcial de la momia con chorreras. Mi cabeza gime y gira, con tentáculos y flores adosados a los dientes, derramando salsa de estramonio).

Respiro aceleradamente. Me sudan las manos. Abro un par de botones de mi camisa para coger el aire que me falta. Me tiemblan las piernas.

Cuando salgo, al rato, del portal, mis rodillas aún no han asumido que el peligro ha pasado, por ahora, y parecen negarse a sostener mi cuerpo. Vacilo algunos instantes ante el frío, el dibujo gris de un día nublado, y la feroz acechanza del miedo físico.

Me dirijo a comisaría por un camino que no es precisamente el más corto.

Paso las hojas de un expediente fotocopiado con no demasiado cuidado y respiro pausadamente. Ahora estoy en mi despacho, de nuevo, y otra vez ha vuelto a llover. El cristal de la ventana tintinea y el viento parece aullar en el inframundo ahí afuera.

Pero estoy tranquilo. Aquí no va venir nadie.

Pasé por comisaría y puse la denuncia. No parecieron hacerme mucho caso. “Un abogado tiene muchos enemigos”, me dijo un agente con la camisa arremangada y cara de cansancio. “Díganos cuál puede ser el que más le odia”. No había pruebas de nada, ni indicios contra nadie. Me enseñaron algunas fotos. Pero el individuo de pelo ensortijado no aparecía en ellas. En aquel concurso de tipos patibularios y despeinados (la policía no suele hacer las fotos a los detenidos en su mejor momento) faltaba el motivo esencial de mi carrera mañanera. Mala suerte.

Alguien llama a la puerta. Es la chica que hace de secretaria, que se acaricia el piercing de su labio mientras habla:

-Hay un tipo que quiere verte.

-Dile que pase.

-Jaime. A lo mejor hoy no deberías...

Sonríó. Lo ha dicho con voz de preocupación y ternura, acariciándose al tiempo el leve tatuaje de su antebrazo derecho.

-Venga, dile que pase.

Cuando la puerta se abre me arrepiento rápidamente.

Le reconozco al primer vistazo. Es Jorge. El novio-proxeneta de Olga, la prostituta desaparecida de la calle Montera. Al final le dejaron salir para incorporarse al Proyecto Hombre. No sé exactamente qué hace aquí. Está mojado por la lluvia y con un extraño brillo en los ojos.

Toma asiento y empieza a hablar antes de que yo llegue siquiera a saludarlo.

-Olga ha desaparecido. Hace ya unos cuantos días que no sé nada de ella.

(Algo he oído, pero no tengo por qué decírselo).

-Hay unos cuantos polis de paisano apostados cerca de su casa y de la zona de Montera donde trabajaba.

(Habla cada vez más rápido).

-Y el otro día un tipo se me acercó y me puso una navaja en los riñones. Me dijo que si no le decía donde estaba lo pagaría caro.

-¿Cómo era?

-Moreno, pelo corto, fuerte. Tenía el pelo, ¿cómo se dice?...¿ensortijado?

-¿Lo conoces?

-No, de nada. Era la primera vez que lo veía.

-¿Qué le dijiste?

-La verdad. Que no sé nada de Olga. Que no sé donde está. Estoy en Proyecto, en una casa rural donde trabajamos todo el día para que no nos acordemos de la droga. No me pueden dar estos sustos o no me rehabilitaré.

-Deberías poner una denuncia.

-No es el caso, señor letrado. Soy un pequeño traficante, aunque esté en rehabilitación. No me puedo dedicar a ir por ahí poniendo denuncias.

(Mala suerte. Podría darme un poco de juego que alguien más denunciara a mi perseguidor sin nombre).

-Entonces, ¿por qué estás aquí?

Tiembla. Se muerde el labio. Se estremece y se frota las manos compulsivamente. ¿Seguro que sigue en Proyecto Hombre?

-Hay algo más.

-Cuéntame.

(Procuro mirarle a los ojos. Tiene que contestarme).

-Bueno, no sé si...

Yo sí sé si. Cuéntame.

-Olga me dejó algo antes de irse. Me dijo que se lo dijera a usted.

-¿Qué es?

-Un sobre.

(Saca un sobre marrón tamaño folio del interior de su chaqueta. Está doblado, pero es bastante voluminoso).

-No sé que tiene. Parecen simplemente papeles.

-Gracias, Jorge. Encantado de haberte visto.

Deja el sobre la mesa con un ligero temblor de manos y un escalofrío recorre su cuerpo. Ahora veo que no está mojado por la lluvia, sino que está sudando a borbotones, probablemente por el mono.

Suspiro. Miro por la ventana. Me preparo un café. Abro el sobre.

Hay una retahíla de documentos y fotografías. Lo primero que se ve es una carta manuscrita de Olga. Empieza por la simple frase: "Palabra de puta".

Cambio los documentos de sobre y los coloco en un sitio bastante inaccesible (e inconfesable) del despacho. Escribo bien claro en el nuevo receptáculo que los guarda:

"Palabra de abogado".

Amatu Kantu es un tipo curioso. Negro, enorme, tremendamente fuerte, con manos como mazas y una voz potente que atruena todo el espacio disponible cuando entro en el locutorio de la cárcel de Mompay donde he ido a visitarle.

-Hola, letrado.

Recuerdo cuando lo vi por primera vez: el día de la detención. Hicieron falta cuatro agentes para reducirle. Y eso que apenas se resistió. Está aquí por enviar cartas falsas en las que se le pide dinero a incautos a cambio de billetes de Lotería premiados que no existen. Llevaba haciéndolo durante años. Miles de cartas recorriendo el mundo en busca de gente lo bastante desesperada para pagar por un pedacito de cielo. Por una pequeña parte del escaparate global.

Sin embargo, lo que ustedes no sospechan es que el delincuente nigeriano Amatu Kantu es un auténtico filósofo. Y un lector compulsivo y tenaz. Así que cuando terminamos de hablar de su caso, va directo a los temas que más le interesan:

-Ah, abogado. He oído que tiene usted problemas.

-¿Quién te ha dicho eso, Amatu?

-Como dicen ustedes...se dice el pecado, pero no el pecador. Y más si se está encerrado en la cárcel, deberían añadir.

-Bueno, ¿y qué me aconsejas?

-Debe usted ser fuerte, abogado. Leer a los estoicos. A Epicteto, a Séneca. Sabe, yo prefiero a los epicúreos, el placer tranquilo y estable de quien es dueño de sí mismo, pero lo cierto es que los pobres debemos ser estoicos muy a menudo, porque la suerte no nos es favorable.

-Así que la suerte, Amatu...

-¿Qué quiere usted de la vida, abogado? Sé que no es dinero ni riquezas, porque ya habría intentado dejar el Turno de Oficio y dedicarse a defender a los traficantes o a las empresas. Usted quiere otra cosa. Tampoco el poder, o quizás sí, pero no como lo entiende la mayoría de la gente...¿Quiere usted la grandeza, abogado?

Sonríó. Se agarra a la mesa.

-Todos queremos la grandeza, señor letrado, pero algunos entienden eso como simplemente ser más fuerte que el de al lado, y dominarle. Usted lo entiende de otra manera. Afronta otros peligros. A veces me gustaría ser usted y arriesgarme por el bien común, pero el bien común me resulta un poco lejano, abogado. Primero tengo que arreglar mi bien propio y privado. Solucionar mi situación: una cama caliente, una piel suave, un plato de plátano frito...Y no soy rico ni occidental para conseguir todo eso sin esfuerzo. También arrostré mis peligros.

(¿Cómo habrá conseguido hablar tan bien el castellano?).

-Usted tiene otra posibilidad, abogado. Puede pensar en el bien común. Puede elegir ser pobre o estar aislado, para defenderlo y, con ello, es grande de otra manera a como puede serlo un subsahariano en esta tierra extraña. Pero tiene que ser fuerte y elegir. Siempre hay que elegir.

No se puede elegir no elegir, usted lo sabe bien. Todos elegimos. Y no nos podemos esconder de la responsabilidad de nuestras elecciones.

Amatu hace una pausa, mirando al infinito, mientras se acaricia suavemente la muñeca derecha con la mano izquierda. Los grandes tatuajes del dorso de su enorme maza se estremecen poco a poco.

-Elegir, señor letrado. Ustedes los blancos piensan que los negros somos todos primarios y feroces. Unos tipos grandes pero un poco tontos. Pero lo vemos todo. Estamos en sus calles todo el día, con nuestras mantas repletas de CDs, y observamos sus pisadas y sus sueños. Vemos lo que eligen. Lo que elige usted y lo que elige el carnicero. Lo que decide el ama de casa que camina hastiada con una cesta de la compra repleta de cosas que nosotros no podemos comprar. Lo que elige el gran abogado o economista que gana millones pero se compra el último disco de Pastora Vega pirateado en la calle Carretas. Lo vemos todo, ya se lo he dicho.

Se me queda mirando fijamente y sonrío, y al tiempo tamborilea su manaza enorme sobre el cristal que nos separa.

-Yo, cuando crucé el Estrecho en una patera desde Marruecos iba mareado y vomitando. Asustado, muy asustado. Era muy joven. Pero había un tipo de mi pueblo que metía la mano en el mar y nos lanzaba el agua a la cara. "Venga, idiotas, cantad conmigo. Vamos a llegar." Nos gritaba y se reía. Todo el mundo hace sus propias elecciones. ¿Sabe? Eduardo Punset habla ahora de que hay ratones que se hunden ante un laberinto, y otros a los que se les oye reír ante la dificultad. Usted debería reírse más, señor letrado, porque sus elecciones tienen las consecuencias que tienen, y eso usted lo sabe perfectamente. Lo sabe y lo asume, aunque a veces le tiemblan las piernas. Lo suyo no es la mala fé, pero debería reírse más y disfrutar del viaje. Meter las manos en el agua y cantar. Todos los grandes hombres acaban haciéndolo.

¡Maldito gigante! Ha vuelto a embelesarme con su labia. Igual me dice estas cosas, y me cita a Nietzsche, que me propone que le de dinero para su pobre prima encerrada en un campo de refugiados, pero que va a heredar una fortuna si me caso con ella por poderes. Me enseña una foto de una modelo africana que sale en el Vogue (la vi casualmente en la sala de espera del dentista, y es la misma), se ríe, me habla de los placeres de la carne, y me indica el número de cuenta donde hacer el ingreso.

Un buen tipo, pese a todo.

CINCO.

Camino hacia los Juzgados. El día de la vista oral de Alfredo y Alicia ha llegado. Hay una marabunta de periodistas a la puerta, aunque yo no los he llamado. Ha salido, por fin, el sol, y algo más ha cambiado.

Los periodistas se lanzan hacia mí a toda velocidad, casi golpeándome la cara con sus micrófonos con forma de alcachofas de colores. Son todos muy jóvenes, y probablemente son simples becarios con sueldos misérrimos y condiciones de trabajo rayanas en la esclavitud. Pese a ello, o quizás por culpa de ello, la verdad es que son más papistas que el Papa, e intentan hacerme preguntas malvadas del tipo de: "Ha denunciado usted a la policía porque pertenece a algún tipo de organización armada? ¿Qué opina de la autodeterminación de los pueblos?".

-No sé que diablos tiene eso que ver con lo que le sucedió a mis clientes. Déjenme pasar, por favor.

Una de ellos, un poco más mayor, con mirada gatuna y labios gruesos enmarcados por una lacia melena morena me sonrío y, mientras me pone la mano en el antebrazo, me dice:

-¿Puedo ir esta tarde a su despacho, señor Caminero? Hay una serie de cosas que me gustaría preguntarle.

-Por supuesto. Pásese a las seis, la estaré esperando.

La sala de vistas del Juzgado está atestada. Casi todo son periodistas, pero también familiares de los policías y de mis clientes, y los típicos curiosos que se pasan todas las mañanas en los pasillos del edificio, para ver los juicios que más les llaman la atención. Hoy tenemos el dudoso honor de ser el espectáculo principal.

Los denunciantes, Alicia y Alfredo, son claros, concisos, no titubean. Lo hacen realmente bien, sin contradicciones ni lagunas, pese a las preguntas capciosas y, en ocasiones, lacerantes de los letrados de la defensa. Don Rodrigo bufa, y lanza sus bolígrafos con violencia contra su mesa.

Los policías declaran pausadamente. Dan la impresión de traerse una lección bien aprendida y no titubean. Los detenidos les agredieron y se autolesionaron. Ellos utilizaron la fuerza mínima imprescindible. No hay más que decir. Responden un poco maquinalmente, con la mirada tensa fija en algún lugar situado en el infinito, a la espalda del juez, más allá del muro que limita la sala de vistas. Un lugar frío e impersonal donde la disciplina y la dureza de carácter son las únicas virtudes reconocidas.

Uno se niega a responder a una de mis preguntas:

-¿Cómo se hizo usted la herida de los nudillos?

Tras un incómodo silencio, ante la mirada imperiosa de su letrado (uno de los caros juristas de la jet de los que ya hablé), termina por afirmar, en un tono entre chulesco y burlón:

-Él me dio una patada en la mano en comisaría, al ir a darle la cena.

El Jefe de Policía es duro y adusto. Nos mira con gesto arrogante, aunque está bastante nervioso. Las noticias del día parecen haberle sentado muy mal. Nadie le pregunta por eso, pero la sombra del periódico matutino sobrevuela la sala como un velo plumizo. En ocasiones, me observa con un absoluto desprecio, aunque nada puede compararse al odio que trasuda al volverse y ver a los periodistas sentados en los bancos de madera del Juzgado.

Su versión es clara: él no sabe, no hizo nada, estaba en su despacho y no salió. Confía totalmente en sus subordinados.

El dueño del bar mira al infinito y mantiene su proverbial ambigüedad, intentando pasar desapercibido frente al mundo. Su declaración parece favorecer más a la defensa pero, tomando lo que dice en su más pura literalidad, la cosa se suaviza mucho: ninguna de las partes va a tener nada a que agarrarse ni como aprovechar la retahíla de palabras absolutamente medidas del hostelero.

El quiosquero hoy no duda. De principio a fin verifica la versión de mis clientes. Los letrados de la defensa se lanzan contra él al unísono, pero se estampan contra un muro de indiferencia. Esta vez el tipo no se desdice ni se calla. A él lo metieron a tortas en el coche, a ella prácticamente volando. Es verdad que ha denunciado anteriormente a los policías, y también que quitó la denuncia por miedo, pero ya no está dispuesto a que todo siga igual. Y menos después de ver el periódico del día (el juez no le deja entrar en ese tema, con un gesto nervioso). Está tranquilo, pero con un deje de indignación, y la innegable habilidad estratosféricamente remunerada de los letrados de la contraparte no consigue hacer mella en su ánimo ni en su versión.

La anciana vecina de raigambre republicana declara decidida y sin la más mínima duda ni temblor de voz. Vio como les golpeaban antes de meterlos violentamente en el coche policial. Los letrados de la defensa sacan el tema de su intento de agresión al alcalde, e indican que uno de los acusados fue el que tuvo que reducirla en aquel momento. Razón, por supuesto, que explicaría la inquina contra las fuerzas de seguridad de Villanoray y contra el Jefe de Policía de la propecta anciana.

La mujer les mira con ojos de fuego y determinación:

-Lo que estoy contando es tan cierto como que mi padre está enterrado en una cuneta sin nombre.

Don Rodrigo parece ir a contestar algún tipo de exabrupto no muy coherente, pero el juez (un magistrado de mediana edad, distinto a quien llevó la instrucción, que parece haber estado tremendamente atento toda la sesión) le impide enzarzarse con la testigo en un gesto inequívoco.

También aparecen varios peritos que certifican la existencia de heridas compatibles con una situación violenta en el caso de mis clientes, y en el de algún policía:

-El derrame de líquido sinovial en los nudillos, ¿cómo puede haberse producido?

(No puedo evitar preguntarlo).

-Como consecuencia de algún golpe en esa parte del cuerpo. El trauma provoca dicha lesión.

-¿Un golpe que uno da, o que uno recibe, doctor?

-Bueno, no puedo asegurarlo, pero lo normal dada la localización de la lesión es que sea producto de un movimiento realizado por el lesionado.

-Y las heridas de Don Alfredo y Doña Alicia, ¿es también posible que sean producto de golpes que dieron ellos?

-Bueno, eso es más difícil, aunque no imposible. Darse con la cara contra un objeto es más complicado.

-Muchas gracias, señor perito. No hay más preguntas.

Don Rodrigo insiste:

-Sin embargo, una lesión es una lesión, y mi cliente tiene una lesión, ¿verdad?

-No hay duda.

-Y no es imposible que se la produjera otra persona golpeándole la mano, ¿verdad?

-No, imposible no es.

-O sea, que mi cliente ha sido víctima de una agresión, ¿cierto?

-Señor letrado, el perito no tiene que determinar ese extremo. Para eso estoy yo aquí-el juez le interrumpe con pose decidida.

Tras los oportunos discursos de acusación y defensa (un tanto teatrales en general y desafortunadamente dramáticos en el caso de Don Rodrigo) se termina la vista oral concediendo la última palabra a los acusados, que apenas hacen uso de ella.

El "visto para sentencia" recorre la sala, y el Juez pasa a examinar con gesto de hastío el expediente del siguiente procedimiento, mientras todos abandonamos la estancia, intercambiando miradas poco amistosas.

Alicia, con su inquieta aura pelirroja, casi incandescente, me agarra la mano a la altura de la muñeca:

-Tengo un palpito. Esto va a salir bien.

Ahora son más de las seis de la tarde y estoy en mi despacho. La periodista con mirada gatuna está sentada frente a mí. Revuelve entre sus papeles con una sonrisa. Trata de afectar calidez,

pero hay un poso irónico en su actitud que no puedo ignorar, y que me provoca una suave intranquilidad.

-Bien, Jaime, ¿te puedo llamar Jaime, verdad?

Asiento levemente.

-Supongo que has leído los periódicos de hoy.

-Lo he hecho.

-Así que los agentes de este cuerpo policial se dedicaban a extorsionar a los comerciantes de la zona. Parece que alguien ha mandado un montón de documentos que prueban eso a mi periódico hace unos días. Iban en un sobre en el que alguien había escrito "Palabra" con grandes letras al viejo estilo, es decir, pegando palabras recortadas de un diario viejo. Un detalle muy kitsch.

(No puedo evitar pasarme la mano por la boca, para no sonreír).

-Hay agresiones a prostitutas, a jóvenes del pueblo, a ecologistas, amenazas a un quiosquero y a unos hosteleros...todo un dossier muy detalladito.

-Bien.

Hace una pausa y me mira fijamente.

-Pero, claro. Lo que hemos publicado ahora no es todo lo que hemos recibido. Hay más cosas. Parece ser que eso de la Policía Local no era más que la punta del iceberg. El Jefe de la comisaría hacía también sus negocios con Arturo Barea, el concejal de Urbanismo; unas cuantas empresas que no se sabe muy bien a qué se dedicaban, pero facturaban enormes sumas al Ayuntamiento por trabajos que nunca se realizaban, y un buen puñado de constructores que se están haciendo de oro gracias a las recalificaciones de terrenos que está haciendo el Concejal, que les han permitido construir en una zona medioambientalmente sensible un montón de chalets de lujo de precios prohibitivos que intentan vender como viviendas de precio protegido. Toda una bonita trama de corrupción...

Toma aire.

A veces es difícil mantener la cara de póker.

-Bueno, anoche estuve hablando con un señor que dice que te conoce. El agente Urdiales, de la Brigada de Información. Está investigando las implicaciones de algunos de los documentos del sobre, que parece que empujan en la dirección de una trama aún más amplia. Me dijo que hablara contigo, y que te dijera que, aunque tiene poco margen de actuación, las nuevas circunstancias le permiten ahora profundizar más en el caso. Para lo que podríamos contar con él. Todo esto puede tener ramificaciones en esferas más altas, pero, para avanzar necesitamos toda la información disponible. Él o yo, alguien tiene que tirar adelante, ahora que la liebre ya ha irrumpido en medio de la cena.

(Se interrumpe. Y sigue muy despacio).

-Así que dime, Jaime, ¿tienes algo más? ¿Qué tienes?

Le aguanto la mirada.

-Hablando en serio, Jaime, estoy totalmente comprometida con este asunto. Estoy dispuesta a sacarlo todo.

-¿Qué tipo de contrato laboral tienes, Ángeles?

Ahora es ella la que me mantiene una mirada dura.

-Soy freelance. Pero no sólo existe mi periódico. Sabes que también hay más prensa en el mundo. Todos podemos jugar un doble juego, o usar pseudónimo. Lo que no pueda ir en un sitio irá en otro. Es evidente que hay más fondo en este asunto. Elige: Urdiales o yo. Ya has puesto en peligro a todo el mundo, incluido a ti, que sé lo de tu denuncia por intento de agresión. Esto ya no tiene marcha atrás. Cuanto más alto demos, mejor. Sé que mi periódico no publicará ciertas cosas, pero he investigado sobre ti. Sé que hay algunas revistas alternativas en las que has escrito y con las que mantienes relación. Yo estoy cubierta por el secreto profesional en este caso. Tú verás.

-Ángeles, ¿has oído alguna vez grupos de música alternativa? Tengo un recopilatorio que te encantará. Si te esperas un momento, te lo doy.

La música, aunque no es alternativa sino Jazz moderno, está bien alta en este bar del barrio de Malasaña. La gente semi-bailotea a su compás. Mueven mucho las copas, y algún que otro pié se desliza al ritmo del sonido, barriendo unos centímetros del suelo pulido.

Son un grupo abigarrado de letrados de una asociación progresista que hoy celebran el aniversario de su fundación.

Beben y fuman compulsivamente, como cualquier otro grupo humano insertado en uno de estos garitos oscuros y de imponentes barras forradas de cuero y luces estroboscópicas, del vecindario más nocturno de la Capital.

Y aquí estoy yo, en un sofá un poco apartado, donde tres personas mantienen una animada conversación conmigo, frente a una pequeña mesa acristalada con pegatinas coloridas de saxofonistas irreconocibles.

-Te digo que el juez Gallego es un buen tipo. Va un poco de estrellita, pero está sacando cosas interesantes y necesarias. Ya se sabe, en esos ámbitos de la alta judicatura no se puede defender lo que uno quiere directamente. Hay que tener temple.

(El que habla es un abogado cercano al Partido Socialista que suele defender a inmigrantes, y que está embutido en un impecable traje oscuro, que llega a hacerle desaparecer tras su copa casi fosforescente, con esta escasa iluminación).

-¡Venga ya! Ese hombre es un fraude. No respeta los derechos de los detenidos. Sólo se preocupa de los casos-espectáculo y hace cualquier cosa por brillar. No controla lo más

mínimo lo que hace la Policía Judicial a su servicio, y se lava las manos diciendo que eso es un asunto de los tribunales ordinarios. Sale mucho en la tele aparentando defender causas honestas, pero su otra cara es muy siniestra.

(La que ha hablado ahora es una histórica letrada laboralista y penalista que inició su carrera en la Transición, cuando todo el mundo era comunista, e, inexplicablemente para su interlocutor, lo sigue siendo, pero no de los que han jurado al Rey y a la Constitución).

-Está bien, está bien. No estoy de acuerdo contigo, pero me permitirás que te invite a bailar, ¿verdad?

-Eso está hecho.

Mientras los dos se alejan en dirección a la pista, en la que se retuercen algunos letrados, un poco más alegres de lo que sería de esperar tras verlos afanados tras sus corbatas en sus despachos con aires de abolengo, el tercer hombre del rincón, vestido con un jersey amarillo y pantalones de tela, se dirige directamente a mi:

-Vaya numerito eso de Villanoray, ¿no, Jaime? Me han contado que estás llevando algo relacionado con la Policía Local del lugar.

-Sí, Andrés, así es. Llevo un asunto de la Asociación Contra la Tortura. Una acusación por malos tratos contra unos policías locales.

-Vaya, vaya. Asuntos turbios de un cuerpo policial turbio...

Andrés Sagrera me mira fijamente. Es un letrado de dilatada experiencia y fina inteligencia. Uno de los pilares principales de la asociación. Un tipo con una mente ágil y contactos inverosímiles, pero con una honestidad a prueba de bomba.

-Permíteme que te cuente una historia, Jaime. Es una película antigua, aunque muy instructiva. Una narración de un asunto real.

-Adelante.

-Ahí va:

De joven, en la Transición, conocí a un brillante abogado. Un tipo que acababa de terminar la carrera y atesoraba un idealismo y una energía fuera de lo común. Era realmente comprometido y apoyaba activamente todo tipo de causas justas. Estaba en todas partes, prácticamente sin cobrar, en una especie de sacerdocio social y militante. No creía en las líneas de separación que siempre han fracturado el mundo izquierdista, así que defendía por igual a anarquistas que a comunistas, a tirios que a troyanos.

El caso es que llamó la atención de todo el mundo y, sobre todo, de la Político Social. La democracia ya había llegado y no podían utilizar contra él determinadas mañas, tradicionales en el Régimen, así que empezaron a usar otras cosas, inspiradas en otros lugares. No tenían por qué detenerlo, al fin y al cabo era abogado y había que dar una imagen de apertura, así que empezaron a controlar todos sus movimientos, su teléfono, sus vecinos, todo.

Comenzaron, además, a correr rumores de lo más variado sobre él, empezó a tener vivencias extrañas y estresantes, amenazas en el buzón, referencias en la prensa acusándole de cometer los mismos delitos de que se acusaba a sus defendidos. Así que viejos amigos y amigas le

abandonaban de maneras inexplicables, o procuraban no mezclarse demasiado con él, y sus clientes desaparecían porque alguien no identificado había hablado con ellos. La gente contaba noticias falsas sobre su persona, o hacía insinuaciones extrañas, había tipos malencarados apostados en coches bajo el sol, a la puerta de su despacho.

Lo peor es que usaron contra él su propio idealismo, ese sectarismo y esa falta de flexibilidad propias de los medios izquierdistas. Ese moralismo santurrón que provoca más fricciones de las necesarias con la gente que tienes alrededor.

Lo paso mal, muy mal.

Pero de todo se sale. Y él consiguió salir volviéndose un poco más frívolo y abierto. Conspirando, pero con compañía. No tenía que ser un sacerdote, sino un conector de energías, un nodo, un campo de fuerzas, un facilitador de que las cosas pasaran.

Y aprendió a reírse mucho, Jaime. A reírse mucho.

(Hace una pausa, mientras me mira con aire enigmático).

-Y, por cierto, Laura no te quita ojo esta noche.

Sigo su mirada: Laura, una letrada joven con unos ojos animados por un fulgor nunca identificable por completo, y con unos labios que se agitan por un temblor eléctrico capaz de iluminar todos los amaneceres.

La calidez y la tersura de la piel de Laura encoge al mundo al tamaño de un botón, y el tacto de sus pezones glorifica los días por venir, justificando la existencia de mis manos y los latidos desacompañados de mis pestañas. De todas las pestañas. Y de la corriente subterránea de mi sangre, de mis nervios y de mis sueños. La ilusión vibrante de una reacción química precaria y, sin embargo, poderosa.

Esa es Laura. Y ahora mismo, me está iluminando.

SEIS.

Me levanto, un tanto renqueante. Me pongo una bata vieja y recorro el pasillo en dirección a la cocina. La ventana está abierta. La primavera ya ha llegado y algunos rayos tibios de sol desperezan a los fogones mientras me preparo un café y caliento un poco de leche.

El periódico está sobre la mesa. Me siento frente a él con mi bata, mi café y un poco de pan tostado. Adrezo el pan con aceite y sal pausadamente mientras leo el artículo que más me interesa, y que cuenta lo siguiente:

“TRAMA DE CORRUPCIÓN EN EL PARTIDO DEL GOBIERNO.

El alcalde de Villanoray y varios constructores, detenidos. Un senador en el punto de mira.

Adolfo Gutiérrez, alcalde de Villanoray; Arturo Barea, concejal de Urbanismo del mismo municipio; José García, Jefe de la Policía Local; y Raúl Montes y Gerardo Méndez, constructores y empresarios de la localidad, han sido detenidos la pasada tarde por su implicación en una trama de corrupción de enorme envergadura. El senador y secretario de Finanzas del Partido en el Gobierno, Limo Ortega, puede ser también puesto a disposición judicial en las próximas horas.

Según ha podido saber nuestro periódico, los dos constructores detenidos, según las investigaciones policiales, habrían organizado una gigantesca red de empresas tapadera mediante las que habrían conseguido concesiones del Ayuntamiento, así como recalificaciones de suelo que les permitían construir en parajes no urbanizables como la laguna de Sotopeñasco, cercana a la ciudad.

Asimismo, mediante las empresas Lima Market S.L. y December S.L., ambos constructores procedieron a emitir facturas falsas por trabajos nunca realizados para el Ayuntamiento, al tiempo que hicieron llegar al mismo cantidades de las que se apropiaron, en concepto de comisiones ilegales, el Concejal de Urbanismo y el Alcalde, de quienes se sospecha que, además, enviaban parte del dinero recaudado de tal manera a una cuenta de la sociedad instrumental Silos Abad S.L., participada en un 50 % por ellos, y por el sobrino del senador Ortega, Antonio Berruguete. Dicho senador, presuntamente, retiraba la mayoría del dinero para financiar a su Partido.

Asimismo, y siempre según los investigadores, José García, Jefe de la Policía Local de Villanoray, había establecido un sistema de “cobro por protección” a los pequeños empresarios de la localidad, así como a varios burdeles de la carretera cercana, y a pequeños traficantes de drogas. De lo recaudado de esa manera también se extraía una parte que era ingresada todos los meses en una sociedad llamada Convenynca S.L., con domicilio en las Islas Jersey, y que no ha podido ser investigada. Asimismo, el Jefe de Policía habría participado directamente, o habría ordenado la participación de sus agentes, en diversas agresiones y amenazas llevadas a cabo para intimidar a los miembros del grupo ecologista Claridad, que se había opuesto activamente a la construcción de 750 viviendas de lujo cerca de la laguna de Sotopeñasco.

Todos estos datos fueron hechos públicos en los últimos meses, acompañados de numerosa documentación, por nuestro periódico, así como por el quincenal Diagonal. Finalmente, ante la

catarata de elementos sorprendentes que se van conociendo, la Brigada de Información de la Policía Nacional ha procedido a realizar las detenciones de ayer”.

(Está bueno el pan con aceite, le falta un poco de tomatito, pero lo cierto es que la luz del sol empieza a arañar con insistencia los cristales de la ventana, y la incipiente calidez que me rodea amenaza con sentarme bien, pero que muy bien).

Adelanto algunas páginas en el periódico. Hay otra cosa que me llama la atención: vaya, vaya, es el tipo del pelo ensortijado, no me cabe la menor duda:

“MAFIOSO SERBIO HALLADO MUERTO EN UN BARRIO DE LA CAPITAL.

Andrej Dubrovic, conocido delincuente serbio, ha aparecido muerto esta mañana en un piso del barrio de Vallecas, con evidentes signos de violencia.

Se trata de un ex-militar de la guerra de Yugoslavia, que habría trabajado también como mercenario en África y que se cree que actualmente hacía trabajos ilegales y violentos para la mafia serbia en España, aunque otras fuentes afirman que podría estar trabajando últimamente para otra trama criminal sin identificar.

No cabe duda de que su fallecimiento no ha sido natural. El cuerpo lo encontró la policía municipal tras ser llamada por un vecino que no podía soportar el mal olor del cadáver, que estaba en avanzado estado de descomposición”.

No puedo decir que me da pena. Son cosas que pasan. Me imagino que alguien está intentando no dejar cabos sueltos.

Bajo hacia el portal haciendo crujir las vetustas escaleras de madera, mientras cierro mi maletín de cuero, intentando que nada se me caiga. Antes de irme, alcanzo a ver mi buzón absolutamente reventado y mis cartas alfombrando el descansillo. En la puertecita metálica que debería cerrar el receptáculo para mi correo, pero que se encuentra casi partida en dos, alguien ha escrito: “Picapleitos, cabrón”.

Exactamente lo mismo es lo que pone, en caracteres oficiados con un rotulador rojo con un aire casi infantil, en el ascensor que me lleva en dirección a mi despacho, poco después.

En esa habitación estrecha, pero perfectamente encalada y con una pared cubierta por una estantería repleta de libros multiformes, entra Ángeles, la periodista. Hoy lleva el pelo recogido en un moño con una goma oscura, y se ha pintado los enormes labios de un rojo especialmente brillante. Sus dedos parecen tararear una canción sobre la mesa de mi despacho.

-Así que no me vas a decir quién te dio la documentación, ni cómo la obtuviste- me espeta con un tono de reproche mezclado con cierta musicalidad alegre.

-Por supuesto que no. No siquiera yo sé realmente de donde ha salido todo esto.

-Debe de tratarse de alguien muy cercano a toda la trama. Casi diría que alguien que estaba en su interior. Alguien de toda confianza...

-Por cierto- le interrumpo-ha salido ya la sentencia de mi pleito: algunas condenas menores a un par de policías, que no llegarán a ingresar en prisión porque no tienen antecedentes penales. Concretamente, los condenados son los que practicaron la detención en el bar. Lo de la comisaría no se da por probado, y al Jefe de Policía, por supuesto, no le cae nada. A mis clientes posiblemente les condenarán también por atentado a la autoridad en otro juicio paralelo. Cuando quieras te paso el texto, lo tengo aquí mismo.

No puede evitar emitir una jovial carcajada.

-Desengáñate, Jaime. Eso no le interesa a nadie. En mi periódico publicarán como mucho un breve de un par de líneas. Y eso porque se trata de la gente de Villanoray, que si no ni palabra. Esos temas no te van a hacer famoso, precisamente...y menos ahora, que han censurado la web de la Asociación Contra la Tortura. Por si no lo sabes, todo el que hable de torturas, o de extralimitaciones policiales es un terrorista. No hay otra.

-Tú sabes que esto no tiene nada que ver con el terrorismo.

-También sé que la monarquía es una forma injusta de gobierno. Lo sabe todo el mundo. Pero, ahora mismo, eso no le importa a nadie. Nada importa demasiado a nuestros alegres ciudadanos. Sal un poco por la noche, hombre, métete en un bar y pregunta. La gente está ahí tomando copas y ya está. Todo lo demás es falso. No existe. Una ocupación de frikis, pringados o gente medio esquizofrénica. A lo mejor en algún momento esto se va al garete y alguien se despierta, pero de momento todo el mundo va a su bola.

Ahora me mira con unos ojos rotundos, que casi rayan en la ternura.

-Venga, hombre, déjate llevar. Ríete un poco.

Intento levantarme. Me tropiezo con la papelería metálica y me derrumbo estrellándome contra la estantería. Me retuerzo en el suelo, cubierto de orondos libros de Derecho, y por el flexo dorado de la esquina.

Ahora Ángeles sí puede oír bien mis carcajadas.

Estamos en una provincia catalana, en medio de una campiña verde y feraz. La primavera se despliega majestuosa por entre las hojas brillantes de los árboles, y la brisa húmeda del Mediterráneo parece nutrirme con un leve olor a sal. Entramos en una vieja casona reformada desde hace poco tiempo. Yo y mis dos acompañantes.

Son un par de jóvenes activistas del movimiento okupa que han insistido encarecidamente en que les siguiera hasta aquí, después de la manifestación antiglobalización de Barcelona en la que he actuado como letrado del "Legal Team", una plataforma global de abogados voluntarios en este tipo de lides.

Entramos en una sala amplia y bastante limpia, con muebles baratos y escasos, pero cuidados, y con una amistosa chimenea al fondo, que ahora no está encendida, pero sobre la que se dibuja una masa informe de cachivaches de difícil identificación.

Clara, la militante madrileña de los movimientos alternativos de la que ya les hablé en su momento, me espera de pie en el centro de la estancia.

-¡Hola, Jaime!- se inclina hacia mí y me da un par de besos con un movimiento rápido y amistoso.

-Vaya, ¡qué sorpresa! No esperaba verte aquí.

-Bueno, he sido yo la que les he dicho a estos dos compas que te trajeran a este lugar. Quiero enseñarte algo que sí será sorprendente de verdad.

Miro a mi alrededor.

-¿Esto qué es? ¿Una okupa rural?

-Sí, entró un grupo de gente hace unos meses. Están hartos de la ciudad y quieren probar nuevas formas de vida aquí. Han montado una huerta de productos ecológicos y los venden en los mercados vecinos. Son bastante currantes, esto no es una okupa abandonada y gris de las que hay por ahí, también en el campo. Aquí la gente tiene ganas de trabajar y también están dispuestos a practicar la solidaridad con la gente que lo necesita...

Mientras me va hablando, me agarra del brazo y me va llevando a una habitación contigua. Es una cocina entrada en años, forrada de baldosas blancas y con fogones un tanto oxidados que parecen disfrutar de una ancianidad amable.

Y, sentada frente a una amplia mesa de madera, en el centro de la habitación, hay una mujer. Tardo un poco en reconocerla, con su delantal de flores de colores y un piercing que antes no estaba en una de sus aletas de la nariz, pero estoy seguro de que es ella: Olga, la prostituta de la calle Montera. La chica de los papeles.

Me sonrío con un tono un tanto burlón:

-Hola, abogado.

-Vaya, vaya, ¿qué haces tú aquí?

Clara se apoya en el fregadero grisáceo, mientras se carcajea y dice:

-La traje yo. Cuando me la mandaste hace unos meses, me dijiste simplemente que le comprara un billete a alguna parte de Europa donde una chica morena no llamara demasiado la atención. Pero pensé que estaría mucho mejor aquí. Más segura. Los demás no saben por qué vino, pero sí que necesitaba ayuda. Se ha adaptado muy bien. Es la más currante del lugar. Ahí está, pelando patatas para la cena que nos vamos a tomar todos.

-Bueno,- interviene Olga- pelar patatas no es tan malo. Siempre lo he hecho. En algún momento igual me aburro y me dedico a otra cosa, pero por ahora pienso que es mejor no llamar la atención y centrarme en el huerto. No se está mal aquí. Es mucho más tranquilo y la gente es afectuosa. Les estoy muy agradecida a esta panda de hippies –lo dice con ironía, pero sin sombra de agresividad. Ha sido sincera.

-Hace poco me preguntaron por este asunto. Querían saber quién había recopilado toda esa documentación. No les hablé de ti, por supuesto, pero la verdad es que a mí también me pica la curiosidad...

Sigue pelando patatas, al tiempo que me contesta, sin que sus manos pierdan un ápice de la precisión inmisericorde con que despelleja a los tubérculos.

-¿Y qué importa eso? Todo el mundo piensa que hay una importante “garganta profunda” de la que hablar en este asunto. Alguien identificable. A lo mejor no es eso exactamente lo que ocurrió. Hay mucha gente invisible en el mundo: la limpiadora ecuatoriana sin papeles que barre los despachos, el ordenanza interino que está sólo seis meses entrando y saliendo del Ayuntamiento, el chaval de la ETT que manda la empresa de mantenimiento informático que “limpia” el ordenador del Concejal, la prostituta sin nombre que oye las confidencias de todo el mundo...¿Quién sabe? Cualquiera de ellos pudo ser. O, a lo mejor, precisamente, fueron todos a la vez, todos juntos...Unos sabiéndolo y otros no.

Mientras hablaba se ha levantado. Ahora se encuentra a pocos centímetros de mí, mirándome fijamente con unos ojos grandes, brillantes y sideralmente dulces, en los que apetecería abrigarse para pasar los malos tragos de esta vida de locos.

-Ven, tienes una herida, voy a lavártela.

Me agarra la mano suavemente y me empuja hacia el fregadero. Despacio, con infinita ternura, empieza a aplicarme el jabón sobre el rasguño.

Oigo detrás de mí la límpida carcajada de Clara:

-¿No eran los pies lo que le tenías que lavar, Olga?

Sin abandonar la mano, lavando la herida, la interpelada se estremece con un ataque de risa jovial y contagiosa.

-Dudo mucho de que este hombre sea Jesús Nuestro Señor, Clara ¡Incluso dudo bastante de que sea cristiano, exactamente!

Las dos se ríen con ganas, atravesadas por espasmos de una felicidad sincera y desinhibida. Mi mano nota la acariciadora tersura de los dedos de Olga, que transmiten el embriagador aliento de una magia confiada y jubilosa. Magia de un cuerpo y de una sonrisa. De unos labios y de una presencia rotunda, que me acuna en el seno de una noche de primavera con olor a cocina casera y estrellas titilantes.

Hoy ha sido un buen día.

Palabra de abogado.

El autor



José Luis Carretero Miramar (1971) ha sido militante de los movimientos sociales madrileños desde su juventud.

Fue miembro de la Junta Directiva de la Asociación Libre de Abogados (ALA) y defendió, como letrado y muchas veces gratis, a inmigrantes, insumisos, activistas sociales, sindicalistas y víctimas de la tortura y de la violencia de género.

En la actualidad imparte clases de Formación y Orientación Laboral y de Empresa e Iniciativa Emprendedora en la escuela pública. Colabora habitualmente con diversos medios de información, como el periódico Diagonal, la revista Transversales, el programa de radio Economía Directa, o la cadena televisiva RT en español.

Ha publicado varios libros sobre las transformaciones del trabajo y las consecuencias de la crisis (Contratos temporales y precariedad, El bienestar malherido, Entender la descentralización productiva y El trabajo de la crisis), así como un par de volúmenes de narrativa (Palabra de abogado y El abogado del hombre más malo del mundo y otros relatos) y un texto colectivo sobre el movimiento autónomo madrileño de los años noventa (Tomar y hacer en vez de pedir y esperar). También ha impartido numerosas conferencias, cursos y talleres en universidades y centros sociales, sindicales y culturales de España, Europa y América Latina.

Es miembro del Instituto de Ciencias Económicas y de la Autogestión (ICEA). Ha asesorado a varios proyectos autogestionarios concretos y colabora con el Programa Facultad Abierta de la Universidad de Buenos Aires sobre las empresas recuperadas argentinas.

Ha sido ganador del X Certamen de Narrativa Social “Al Margen” (Valencia), con el relato *La increíble aventura de Calixto Grau*.